

... en los que se veían del modo más amargo de la in-
 ferencia del subestio... y en que hacía una pluma
 de su pluma. Yo me refugio al lado de la vida
 en la vida, en la vida, en la vida. Y todo mi mundo
 puede en la vida que se compadeció de mí, y eso que me
 veía en la vida de la vida en la vida y en la vida.

Al mismo tiempo se veía en la vida de la vida, en la vida
 de la vida, en la vida de la vida, en la vida de la vida.
 Bruck, todo lo que lo hacía para la vida, en la vida
 de la vida, en la vida de la vida, en la vida de la vida.
 Bruck, todo lo que lo hacía para la vida, en la vida
 de la vida, en la vida de la vida, en la vida de la vida.
 Bruck, todo lo que lo hacía para la vida, en la vida
 de la vida, en la vida de la vida, en la vida de la vida.

... en la vida de la vida, en la vida de la vida, en la vida de la vida.
 Bruck, todo lo que lo hacía para la vida, en la vida
 de la vida, en la vida de la vida, en la vida de la vida.
 Bruck, todo lo que lo hacía para la vida, en la vida
 de la vida, en la vida de la vida, en la vida de la vida.

... en la vida de la vida, en la vida de la vida, en la vida de la vida.
 Bruck, todo lo que lo hacía para la vida, en la vida
 de la vida, en la vida de la vida, en la vida de la vida.
 Bruck, todo lo que lo hacía para la vida, en la vida
 de la vida, en la vida de la vida, en la vida de la vida.

... en la vida de la vida, en la vida de la vida, en la vida de la vida.
 Bruck, todo lo que lo hacía para la vida, en la vida
 de la vida, en la vida de la vida, en la vida de la vida.
 Bruck, todo lo que lo hacía para la vida, en la vida
 de la vida, en la vida de la vida, en la vida de la vida.

CAPITULO XXXIV.

DIETA DE AUGSBURGO.—1530.

Entrada de Carlos V en Augsburgo.—Procesion del *Corpus*.—Los príncipes se resisten á concurrir.—El elector Juan.—El landgrave de Hesse.—Los predicadores.—Relacion de una farsa luterana, por Erasmo.—Apertura de la Dieta: oradores católicos.—Exomologisis melanchthoniana.—Antilogismos de Lutero.—Lutero en Coburgo.—Disposiciones pacificas de Melanchthon.—Lutero rehusa la reconciliacion.—Melanchthon consiente en conservar el episcopado y el papado.—Bruck no quiere que se reconozca al Papa ó Antecristo.—Grito de reprobacion contra Melanchthon.—Lutero apela al rencor.—Sus palabras piadosas á Melanchthon.—Spalatino quiere restablecer la Misa.—Cólera de Lutero.—Su doctrina sobre la obediencia debida á los poderes.—La confesion de Augsburgo examinada como idea progresista.

El 13 de junio de 1530, Carlos V hizo su entrada solemne en Augsburgo. Fue este uno de los espectáculos mas bellos que jamás presenciara ciudad alguna de Alemania.

El Emperador atraia sobre sí todas las miradas. Joven, bello, bien formado, montado en un caballo de Polonia, que manejaba con toda la gracia de un jinete consumado, saludaba con la mano y sus miradas á todo el pueblo agolpado á su tránsito. Trescientas campanas sonaban á la vez, y uniendo sus sonidos á las detonaciones de la artillería, á la voz de las trompetas é instrumentos guerreros, á

la mas grande voz de todo un pueblo, dominando á todos estos ruidos diversos. Jamás principe alguno habia recibido mayor ovacion. Llevaba una capa española, bordada de oro y cuajada de pedrería; la silla del caballo estaba sembrada de topacios y rubies, y los estribos eran de plata sobredorada. Marchaba bajo un palio de escarlata, sembrado de abejas de oro, y conducido por los senadores, vestidos á la española. Se seguia el órden prescrito por la Bula de oro, y los reglamentos publicados en 1356 por Carlos IV. El elector de Sajonia, como gran mariscal del imperio, precedia al Emperador, entre el conde Palatino, representado por el marques de Erbach, y el margrave de Brandeburgo, llevando la espada imperial en la mano derecha; el conde Palatino, el globo coronado; el margrave de Brandeburgo, el cetro, y todos tres de frente, revestidos de sus mantos electorales de escarlata y armiños, y blasonados de sus armas. El duque de Sajonia traia por escudo sobre campo tajado de plata y sable dos montantes de gules en sotuel, dividido todo por los cuarteles de las diferentes provincias que poseia, y á que creia tener derecho, como los duques de Juliers, de Cleves y de Berg; el margrave de Brandeburgo, gran chambelan hereditario del santo imperio, traia armas cuarteladas, y en el jefe, sobre campo azur, un cetro de oro. Federico de Austria, gran copero hereditario y sumiller del imperio, Rey electo de Bohemia en 1527, marchaba fuera de linea, solo é inmediatamente unido al Emperador, cubierto con la corona de su dignidad, escoltado por trescientos caballos, vestidos de casaca encarnada y blanca. El Arzobispo de Maguncia, decano de los electores eclesiásticos, precedia á los principes portadores de las insignias áulicas, escoltado por doscientos guardias del Emperador, con casacas de terciopelo amarillo y negro; á la izquierda el Arzobispo de Colonia, á la cabeza de cien guardias armados de todas armas. Los electores eclesiásticos llevaban bonetes de escar-

lata, forrados de armiño. Las calles estaban cubiertas de tapicería, flores y follaje. A la vista del Emperador, el pueblo se inclinó para recibir la bendicion del Legado. El Emperador bien pudo conocer entre el gentio á los luteranos, que se contentaban con inclinar la cabeza á su paso, sin hincar la rodilla en tierra. En las puertas de Augsburgo, cuando el Emperador montó en el caballo que se le habia destinado, y cuando el Cardenal Campegio le habia dado su bendicion, los principes electores se mantuvieron descubiertos, pero sin inclinar la cabeza.

Las miradas buscaban en vano al que ponía en movimiento á la muchedumbre, al que habia forzado al Emperador á desterrarse del teatro de su gloria, y cuyo nombre é imágen ocupaba todos los pensamientos. Lutero estaba ausente. Retirado á una pequeña ciudad, Coburgo, donde le habia conducido el elector de Sajonia temiendo que su presencia en Augsburgo escitase la cólera de Carlos V, porque estaba bajo las responsabilidades del edicto de Worms, le acompañaron Spalatino, Jonás y Melancthon, que continuaron despues su ruta á Augsburgo, cantando el primer versículo del salmo *Deus in adiutorium*, traducido al alemán y puesto en música por el reformador, y que se cantó en los templos evangélicos durante la Dieta.

Con todo eso, nadie pensó sino Lutero convertir en duelo esta pompa triunfal.

El elector de Sajonia y los principes protestantes, que temian la cólera del Emperador, se mantuvieron escondidos para desviar la tempestad. El elector tuvo aviso de que avanzaba Carlos V con fuerzas suficientes; le esperó al pie de los Alpes, para impedirle la entrada en el Tirol; medida desesperada, que pudo ser bien funesta á la Reforma, y cuya inconveniencia comprendió bien Lutero. «Principe, escribia este al duque: no es por medio de las armas como debe defenderse nuestra causa, sino por la paciencia y

la resignación, y, sobre todo, por una confianza sin límites en el Señor y en la fuerza de su brazo todopoderoso.» Este consejo era muy acertado; el elector le siguió. Con el tiempo el lenguaje de Lutero debía mudarse. Maimburgó y otros historiadores católicos se han dejado arrastrar por esta sabiduría mundana del reformador: verosimilmente ellos no habían leído su «llamamiento á la nación alemana.»

La comitiva avanzaba hácia la catedral. Al llegar á ella se cantó un *Te-Deum* en accion de gracias, y el Legado del Santo Padre dió su bendición á los asistentes. A los dos dias era la fiesta mas solemne del catolicismo, la fiesta del Sacramento, que debía llevarse por las calles de Augsburgo: Carlos invitó á los príncipes reformados á esta ceremonia. Los príncipes habían concertado de antemano la respuesta. Este fue un verdadero juego teatral: Jorge de Brandeburgo, llevando la mano á su cuello, declaró que está pronto á subir al cadalso y á perder la cabeza, antes que reconocer el Evangelio. El Emperador sonrió, repitiendo: «¡Nada de cabeza, nada de cabeza!» Y no dijo mas, bien porque la lengua alemana le fuese poco familiar, bien porque los largos discursos no le conviniesen, ó tal vez porque, siguiendo la costumbre de la corte de España, hablaba por él su hermano Fernando, Rey de Hungría, y su lugarteniente general. Los reformados no comprendían cómo este príncipe, que enmudecía delante de ellos, inmóvil como una pagoda, no espresando su voluntad mas que por medio de inclinaciones de cabeza y movimientos de ojos, había podido hacer temblar al mundo: creían hablar á un hombre, y no encontraron mas que una estatua. Mas de un noble reformado debió su ardor de la víspera á este estado apoplético de la lengua imperial.

«Bravo hombre, decía Lutero, que habla menos en un año que yo en un día.»

Aquella noche tuvieron junta los príncipes reformados, y convinieron y se resolvieron á no asistir á la procesion;

á los dos dias presentaron al Emperador la protesta escrita. Jorge de Brandeburgo tomó de nuevo la palabra: «Todo menos renegar del Evangelio...» Y lo dijo llevando la mano á su cuello. El Emperador le interrumpió, repitiendo: «Nada de cabeza, nada de cabeza!» Y volvió á su silencio habitual. Su hermano probó á vencer la obstinacion del príncipe; pero fue en balde. Era el medio dia; el cañon de los bastiones y las campanas de las iglesias anunciaban ya la salida de la procesion.

No fue menos magnífica esta que los paseos triunfales de la antigüedad. Jorge Sabin agotó para pintarla todos los tesoros de la poesia. El Arzobispo de Maguncia sostenia un sol de oro macizo, cuyos rayos, sembrados de pedrería, lanzaban destellos de todos colores. Seis príncipes conducian un palio bordado de oro y plata, y adornado en sus cuatro ángulos con penachos de plumas de avestruz. En cada plaza se alzaba un altar de descanso, adornado con flores, colgaduras y pinturas preciosas.

Marchaba el Rey Fernando á la derecha del Arzobispo; á la izquierda Joaquin, elector de Brandeburgo; delante del palio dos filas de sacerdotes y niños de coro, y los dos grandes mayordomos de la casa imperial y real, seguidos de heraldos, de trompetas, atabales y cornetas; despues los senadores del imperio, los miembros del consejo imperial, los del consejo real, los magistrados de la ciudad, los oficiales y gentiles-hombres de Palacio. Detras del palio las miradas se fijaban sobre el Emperador, cubierto con su gran manto de púrpura forrado de tisú de plata, la cabeza descubierta, sin parasol, en medio de los ardores de junio. Detras de S. M. venian el Legado, los electores eclesiásticos, los Arzobispos y Obispos, los diputados de las ciudades imperiales, los grandes de España, los señores italianos y flamencos, la guardia del Emperador y el Rey de Hungría. Los asistentes llevaban un blandon en la mano, marchando en silencio lentamente, y se arrodillaban cada

vez que el Legado alzaba el Santísimo Sacramento, presentándole á la adoración de los fieles. Los niños de coro arrojaban flores por el tránsito de la procesion. Los príncipes reformados observaban al Emperador en el templo, donde habian entrado con permiso de Lutero. El duque Juan llevaba la espada imperial, que era el distintivo de su cargo: habia consultado con varios teólogos, y sobre todo con el Dr. Martin, los cuales le permitieron desempeñase sus deberes de gran vasallo, á ejemplo de Naaman, que sostuvo con su mano al Rey de Siria, su amo, cuando adoró al idolo de Remmon.

Los teólogos reformados no encubrian ni disimulaban su lenguaje. El Emperador era el príncipe infiel de Siria; la basilica católica el templo pagano; y el Cristo que daban á adorar al pueblo el idolo de Remmon.

Los príncipes reformados, despues que el Emperador hubo entrado en la Iglesia, pasaron á ocupar los puestos que les estaban destinados. Carlos se sentó en su trono, de cara al altar.

El coro estaba colgado de terciopelo carmesi; á derecha é izquierda del altar mayor habia seis sitialos con seis rótulos, donde se leian los nombres de Maguncia, Colonia, Bohemia, Baviera, Sajonia y Brandeburgo: un sillón estaba vacío, indicando la plaza del elector de Tréveris, ausente á la sazón. Los oficiales de los electores, en pie, tenian delante de ellos la espada sobre el hombro. Luego que los electores estuvieron sentados, se vieron entrar en el coro varios príncipes y condes, y por último el conde de Pappenheim, que cerró las puertas, entregando las llaves á su chambelán. Al punto el Arzobispo de Maguncia entonó el *Veni Creator*, levantándose todos los concurrentes á la vez; despues comenzó la Misa de Espiritu-Santo, con arreglo á lo prescrito en la Bula de oro. Al Evangelio los dos asistentes, seguidos de los prestes y precedidos por dos pajes con cirios en las manos, se adelantaron, el uno con

el incensario y el otro con el libro de los santos Evangelios, y aproximándose al Emperador, hicieron tres profundas reverencias, y le incensaron por tres veces; y una vez al elector de Maguncia, al de Colonia, al Rey de Bohemia, al duque de Sajonia, al margrave de Brandeburgo, á los cuales les dieron á besar el Evangelio. Antes del *Agnus Dei* dieron á besar los asistentes una cruz de plata al Emperador y los electores. Concluida la Misa, el Arzobispo se despojó de sus vestiduras, y puesta la capa pluvial, de rodillas, entonó un himno, cantado y acompañado por la música imperial.

La comitiva volvió por el mismo camino y con la misma pompa al Palacio de Carlos V.

Veamos ahora, y conozcamos aquellas almas timoratas, que hubiesen creído perder la inocencia poniendo el pie en un templo católico. Uno de ellos, el elector Juan, príncipe de los mas glotonos de su siglo, cuyo vientre cargado siempre de vino y viandas tenia necesidad de ser contenido por un círculo de hierro para no estallar, entusiasta de una simbólica que habia abolido el ayuno y la Cuaresma, haciendo dias de carne las vigiliass del viernes. Su mesa electoral pasaba por la mas abundantemente provista de Alemania, con los licores y vinos de todas clases, arrebatados á los refectorios de los conventos y á las saeristias de las iglesias. Otro, su hijo Federico, que gastaba el tiempo y la juventud en la mesa ó en la caza, y, como su padre, convidado alegre, amigo del vino y de la buena carne, y que apenas sabia el Catecismo. Otro era el landgrave de Hesse, en quien la lascivia era proverbial, adúltero desvergonzado, que por resistir los asaltos de la carne demandó y obtuvo mas tarde la permission de poder tener dos mujeres, y que se hacia servir á la mesa por sus criados con librea, en cuyas mangas se veian bordadas estas cinco letras iniciales: V. D. M. I. A., *Verbum Domini manet in eternum*: la palabra de Dios, que subsistirá eternamente.

Otro era Wolfgang, principe de Anhalt, de ignorancia crasa, que, segun se decia, jamás habia sabido santiguarse. Otros, Ernesto y Francisco de Luneburgo, que no quisieron dejar á sus criados el trabajo de robar las iglesias, y arrebataron por sus manos los vasos sagrados. Ved qué principes, cuya alma se turbaba solo con la idea de ponerse en presencia de los tabernáculos católicos.

Cuando Carlos se hubo sentado, los Arzobispos y los Prelados bendijeron unos despues de otros el cubierto. El Arzobispo de Maguncia tomó los sellos del Estado, y los puso sobre la mesa. El Emperador los trasmitió al canceller de Augsburgo, quien colgó en su cuello el sello mayor. Al punto apareció el margrave de Brandeburgo á caballo, y teniendo en sus manos una palangana y un jarro de plata, del peso de doce marcos, y un lienzo adamasado, lavó las manos al Emperador. Despues vino el conde Palatino á caballo, trayendo cuatro platos de plata, cada uno del peso de tres marcos, llenos de viandas esquisitas, los cuales puso sobre la mesa; en fin, el Rey de Hungría gran copero y sumiller, un jarro de plata en la mano, de peso de doce marcos, lleno de agua y vino, que ofreció respetuosamente á Carlos V. Al señor de Falkenstein correspondia el caballo del margrave; al margrave de Brandeburgo la palangana y el jarro; al señor de Nortemberg, mayordomo de palacio, el caballo y los platos del conde Palatino; al señor de Limburgo, el caballo y la copa del Rey de Hungría; y al mariscal de Pappenheim el caballo, el baston y la medida del elector de Sajonia. Ved el cargo del elector Juan. Delante de la casa imperial se habia preparado una cantidad de avena, y el elector, con un baston de oro en la mano y una medida de plata sobredorada, del peso de doce marcos, llenó la hanega, la cual entregó al primer palafrenero; despues plantó su baston en el monton de avena, y se retiró.

El edicto de Worms prohibia absolutamente á los nova-

dores publicar su doctrina en el púlpito. El edicto estaba vigente, y, sin embargo, los principes reformados, bajo el pretesto de que no podian pasar sin el pasto espiritual, á su entrada en Augsburgo habian establecido en sus capillas privadas sermones que conmovian al populacho. El pueblo iba á ellos por escuchar las injurias que se pronunciaban contra los papistas y el nombre de *Antecristo* que se tributaba al Pontífice y á los Obispos, y la condenacion del celibato eclesiástico. Fue necesaria una orden del Emperador, publicada á son de trompeta en todas las plazas públicas, para imponer silencio á estos oradores. Augsburgo estaba amenazada de las mismas plagas que desolaron el Bajo-imperio, donde cada habitante era una Universidad. La ciudad se habia convertido en un hormiguero de predicadores; zwinglianos, anabaptistas, carlostadianos, illyrianos y luteranos, los cuales todos se decian enviados de Dios para anunciar su palabra. Esta nube de evangelistas se dirigia de uno á otro punto, y de cada guardacanton hacia un púlpito, desde el cual arengaba á la muchedumbre, que escuchando diferentes voces llegadas á sus oidos de diversos puntos, no sabia á cuál dirigir la atencion. ¡Pobre del clérigo católico que en estas circunstancias hubiese atravesado solo las calles de la ciudad de Augsburgo! Erasmo, con su causticidad habitual, ha pintado bien esta algarabia de palabras magistrales, esta algarabía de cuestiones, este zumbido de interrogaciones sin fin, y este clamoreo aturdidor de testos bíblicos. «Ved, allí viene uno, Evangelio en mano, gritando á plenos pulmones: ¡Enseñadme dónde está el purgatorio! Otro: ¡Dónde está el bautismo de los recién nacidos! Un tercero: ¡Dónde está la Trinidad, la divinidad de Jesus! Otro, en fin, si en la union hipostática debe entenderse otro y otro, ó bien otra cosa y otra cosa. Mirad, aun no se ha concluido; yo distingo desde aquí uno que investiga cómo los accidentes pueden estar en la Eucaristia. Otro, si el pan y vino se reducen á la nada

ó se convierten en su cuerpo por alteracion. Otro, por fin, si el cuerpo subsiste en el que lo recibe, ó se convierte en su sustancia.» Verdaderamente, Erasmo fue afortunado con estar entonces enfermo en Bale; porque en Augsburgo, para cuya ciudad le invitó Melancthon, sus oídos hubiesen sufrido un tormento terrible, y su cabeza, harto fatigada, habría estado dispuesta á vértigos molestos.

El mismo no hubiese estado mas complacido de ciertos predicadores católicos que antes de la llegada de Carlos V habian hecho del púlpito un tripode sibilino, desde el cual lanzaban á la cara de las grandes lumbreras del siglo todo cuanto podia inspirarles su mordacidad. Ved, por ejemplo, un fraile francisco (y esta designacion no se crea es una sátira vengativa de Erasmo), que tiene el privilegio de atraer la muchedumbre á sus sermones; porque en ellos no deja tranquilos ni á los sacerdotes, ni á los Obispos, ni á los Papas, ni al Emperador, ni á los letrados, á quienes, sobre todo, acusa de todos los males que desolaban á la Alemania. «Hermanos míos, decia: yo os anuncio una nueva estrella que aparece en el horizonte; la lengua se me entorpece en mi boca, porque un asno, señor asno, un doctor con largas orejas, que pretende, ¡ved qué desvergüenza! pretende corregir el *Magnificat*, ese cántico inspirado por el Espíritu-Santo, ese mismo ha corrompido el Evangelio, precursor de Lutero, que vino á contagiar la Alemania.» Era de Erasmo de quien hablaba. Juan Faber, confesor de Carlos V, y el Cardenal de Trento, impusieron silencio al franciscano, y le prohibieron subir al púlpito, con gran sentimiento de los habitantes de Augsburgo, que se complacian en sus palabras lúbricas.

Erasmo nos hace la relacion de una comedia que tenia cierto sabor á luteranismo, y que se tiene, sin embargo, el atrevimiento de representarla delante del Emperador, quien no pudo saber el nombre del autor hasta llegar al desenlace ó fin de la funcion.

Estaba reunida la corte en el palacio de la Dieta, con el Rey de Hungría, los Prelados y los principes reformados. De repente se aparece un hombre enmascarado, con la ropa talar del doctorado, que traia escrito en la espalda, con letras mayúsculas, el nombre de Capnion. En las manos sostenia un haz de leña, cuyas ramas se encorvaban en forma de abanico, y que puso en medio de la sala. Despues un eclesiástico enmascarado, de nariz afilada, ojo ardiente, la boca plegada por una risa burlona, y en cuya figura se representaba á Erasmo, se presentó saludando á un lado y otro, marchando lentamente, y mirando con cierta sonrisa las encorvadas ramas; y habiendo pugnado por enderezarlas, trabajó inútilmente, y se vió obligado, por último, á arrojarlas, todo despechado, y marchar refunfuñando entre dientes palabras ininteligibles, y sonriéndose con una sonrisa diabólica. Le siguió un fraile, cuya frente era espaciosa, la talla elevada, la voz gruesa y el color vinoso, el cual, dando un bramido, se dirigió á pegar fuego al haz de leña; despues vino un Emperador con una larga espada, con la cual, habiendo empezado á dar golpes en la hoguera, hacia saltar chispas á todas partes; en fin, vino un Papa vestido de pontifical, que traia en cada mano una cántara, la de la derecha llena de agua, y la de la izquierda de aceite. Esta figura se acelera por apagar el incendio, y por desgracia equivoca la cántara, y echa el aceite en lugar del agua sobre el brasero, que se inflama y devora la leña. El Emperador se irrita, hace buscar al culpable, pero no se le pudo encontrar.

La Dieta se abrió el 23 de junio, en presencia del Emperador y del Rey Fernando de Hungría, de los electores, de los principes del imperio y diputados de las ciudades imperiales, en un inmenso salon, todo cubierto de terciopelo. En medio de un hermoso hemiciclo, cuyos lados estaban cubiertos por sillones de brazos vestidos de terciopelo carmesi para los principes soberanos, se elevaba el